Maurice Leblanc

El collar de la Reina

ELEJANDRIA

Maurice Leblanc

El collar de la Reina

ELEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL COLLAR DE LA REINA

MAURICE LEBLANC

PUBLICADO: 1907
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

El collar de la reina

Dos o tres veces al año, con motivo de solemnidades importantes, como los bailes de la embajada de Austria o las veladas de lady Billingstone, la condesa de Dreux-Soubise lucía sobre sus blancos hombros «el collar de la reina».

Era, en efecto, el famoso collar, el legendario collar que Böhmer y Bassenge, joyeros de la corona, destinaban a la Du Barry, que el cardenal de Rohan-Soubise creyó ofrecer a María Antonieta, reina de Francia, y que la aventurera Jeanne de Valois, condesa de la Motte, despiezó una noche de febrero de 1785 con la ayuda de su marido y de su cómplice Rétaux de Villette.

A decir verdad, solo la montura era auténtica. Rétaux de Villette la había conservado, mientras que el señor de la Motte y su esposa dispersaban a los cuatro vientos las piedras brutalmente desengastadas, las admirables piedras tan cuidadosamente elegidas por Böhmer. Más tarde, en Italia, la vendió a Gaston de Dreux-Soubise, sobrino y heredero del cardenal, a quien este había salvado de la ruina durante la estrepitosa bancarrota de Rohan-Guéménée, y que, en recuerdo de su tío, recompró los pocos diamantes que quedaban en posesión del joyero inglés Jefferys, los completó con otros de valor mucho menor, pero de la misma dimensión, y logró reconstituir el maravilloso «collar de esclava», tal como había salido de las manos de Böhmer y Bassenge.

De esta joya histórica, durante casi un siglo, los Dreux-Soubise se enorgullecieron. Aunque diversas circunstancias habían disminuido notablemente su fortuna, prefirieron reducir su tren de vida antes que enajenar la regia y preciosa reliquia. En particular, el conde actual la apreciaba como se aprecia la casa de los padres. Por prudencia, había alquilado una caja de seguridad en el Crédit Lyonnais para depositarla. Iba a buscarla él mismo la tarde del día en que su esposa quería engalanarse con ella, y la devolvía él mismo al día siguiente.

Esa noche, en la recepción del Palacio de Castilla, la condesa tuvo un verdadero éxito, y el rey Cristián, en cuyo honor se daba la fiesta, reparó en su magnífica belleza. Las pedrerías chorreaban alrededor de su grácil cuello. Las mil facetas de los diamantes brillaban y centelleaban como llamas a la claridad de las luces. Nadie más que ella, al parecer, habría podido llevar con tanta soltura y nobleza el peso de semejante aderezo.

Fue un doble triunfo, que el conde de Dreux disfrutó profundamente, y del que se congratuló cuando regresaron a la habitación de su viejo palacete del faubourg Saint-Germain. Estaba orgulloso de su esposa, y otro tanto quizá de la joya que había dado lustre a su casa durante cuatro generaciones. Y su esposa extraía de ello una vanidad un tanto pueril, pero que era bien la marca de su altivo carácter.

No sin pesar, se desprendió el collar de los hombros y se lo tendió a su marido, que lo examinó con admiración, como si no lo conociera. Luego, tras guardarlo en su estuche de cuero rojo con las armas del Cardenal, pasó a un gabinete contiguo, una especie de alcoba más bien, que se había aislado por completo de la habitación, y cuya única entrada se encontraba al pie de su cama. Como las otras veces, lo disimuló en un estante bastante elevado, entre sombrereras y pilas de ropa. Cerró la puerta y se desvistió.

Por la mañana, se levantó hacia las nueve, con la intención de ir, antes del almuerzo, al Crédit Lyonnais. Se vistió, bebió una taza de café y bajó a las caballerizas. Allí dio órdenes. Uno de los caballos le

preocupaba. Lo hizo caminar y trotar ante él en el patio. Luego regresó junto a su esposa.

Ella no había abandonado la habitación y se peinaba, ayudada por su doncella. Le dijo:

—¿Sales?

—Sí... para ese recado...

—¡Ah, en efecto!... es más prudente...

Penetró en el gabinete. Pero, al cabo de unos segundos, preguntó, sin el menor asombro por otra parte:

—¿Lo has cogido tú, querida?

Ella replicó:

—¿Cómo? No, no, yo no he cogido nada.

—Lo has movido de sitio.

—En absoluto... ni siquiera he abierto esa puerta.

Él apareció, descompuesto, y balbuceó, con voz apenas inteligible:

—¿No has sido tú?... ¿No?... Entonces...

Ella acudió, y buscaron febrilmente, arrojando las cajas al suelo y deshaciendo las pilas de ropa. Y el conde repetía:

—Inútil... todo lo que hacemos es inútil... Estaba aquí, aquí, en este estante, donde lo puse.

—Has podido equivocarte.

—Estaba aquí, aquí, en este estante, y no en otro.

Encendieron una vela, pues la pieza era bastante oscura, y retiraron toda la ropa y todos los objetos que la abarrotaban. Y cuando ya no hubo nada en el gabinete, tuvieron que admitir con desesperación que el famoso collar, «el collar de esclava de la Reina», había desaparecido.

De naturaleza resuelta, la condesa, sin perder tiempo en vanas lamentaciones, hizo avisar al comisario, el señor Valorbe, cuyo espíritu sagaz y clarividencia ya habían tenido ocasión de apreciar. Lo pusieron al corriente con todo detalle, y él preguntó de inmediato:

—¿Está usted seguro, señor conde, de que nadie pudo atravesar su habitación durante la noche?

—Absolutamente seguro. Tengo el sueño muy ligero. Más aún: la puerta de esta habitación estaba cerrada con el cerrojo. Tuve que correrlo esta mañana cuando mi esposa llamó a la doncella.

—¿Y no existe otro pasaje que permita introducirse en el gabinete?

—Ninguno.

—¿Ninguna ventana?

—Sí, pero está condenada.

—Desearía comprobarlo...

Encendieron velas, y al instante el señor Valorbe hizo notar que la ventana solo estaba condenada hasta media altura, por un bargueño que, además, no tocaba exactamente los batientes.

—Toca lo suficiente —replicó el señor de Dreux— como para que sea imposible desplazarlo sin hacer mucho ruido.

—¿Y a dónde da esta ventana?

—A un patio interior.

—¿Y tienen ustedes todavía un piso por encima de este?

—Dos, pero a nivel del de los criados, el patio está protegido por una reja de malla fina. Por eso tenemos tan poca luz.

Por otra parte, cuando hubieron apartado el bargueño, constataron que la ventana estaba cerrada, lo que no habría sido el caso si alguien hubiera penetrado desde el exterior.

—A menos —observó el conde— que ese alguien haya salido por nuestra habitación.

—En cuyo caso, no habría encontrado usted el cerrojo de esta habitación echado.

El comisario reflexionó un instante, luego, volviéndose hacia la condesa:

—¿Se sabía en su entorno, señora, que debía usted llevar este collar anoche?

—Ciertamente, no lo oculté. Pero nadie sabía que lo guardábamos en este gabinete.

—¿Nadie?

—Nadie... A menos que...

—Le ruego, señora, que precise. Este es un punto de suma importancia.

Le dijo a su marido:

—Pensaba en Henriette.

—¿Henriette? Ella ignora ese detalle como los demás.

—¿Estás seguro?

—¿Quién es esa dama? —interrogó el señor Valorbe.

—Una amiga de convento, que se enemistó con su familia por casarse con una especie de obrero. A la muerte de su marido, la acogí con su hijo y les amueblé un apartamento en este palacete.

Y añadió con embarazo:

—Me presta algunos servicios. Es muy hábil con las manos.

—¿En qué piso vive?

—En el nuestro, no lejos del resto... al final de este pasillo... E incluso, ahora que lo pienso... la ventana de su cocina...

—Da a este patio, ¿no es así?

—Sí, justo enfrente de la nuestra.

Un ligero silencio siguió a esta declaración.

Luego, el señor Valorbe pidió que lo condujeran ante Henriette.

La encontraron cosiendo, mientras su hijo Raoul, un niño de seis a siete años, leía a su lado. Bastante asombrado de ver el miserable apartamento que le habían amueblado, y que se componía en total de una habitación sin chimenea y un cuartucho que servía de cocina, el comisario la interrogó. Ella pareció trastornada al enterarse del robo cometido. La víspera por la noche, ella misma había vestido a la condesa y le había abrochado el collar alrededor del cuello.

—¡Santo Dios! —exclamó—. ¿Quién me lo hubiera dicho?

—¿Y no tiene ninguna idea? ¿Ni la menor duda? Es posible, sin embargo, que el culpable haya pasado por su habitación.

Se rio de buena gana, sin siquiera imaginar que pudieran rozarla con una sospecha:

—¡Pero si no la he abandonado, mi habitación! Yo no salgo nunca. Y además, ¿no ha visto usted?

Abrió la ventana del cuartucho.

—Mire, hay al menos tres metros hasta el alféizar de enfrente.

—¿Quién le ha dicho que contemplábamos la hipótesis de un robo efectuado por ahí?

—Pero... ¿no estaba el collar en el gabinete?

—¿Cómo lo sabe?

—¡Hombre! Siempre he sabido que lo guardaban allí por la noche... se ha hablado de ello delante de mí...

Su rostro, todavía joven, pero que las penas habían marchitado, mostraba una gran dulzura y resignación. Sin embargo, tuvo de repente, en el silencio, una expresión de angustia, como si un peligro la amenazara. Atrajo a su hijo hacia sí. El niño le tomó la mano y la besó tiernamente.

—No supongo —dijo el señor de Dreux al comisario, cuando estuvieron solos—, no supongo que usted sospeche de ella. Respondo por ella. Es la honradez personificada.

—¡Oh, estoy totalmente de acuerdo con usted! —afirmó el señor Valorbe—. Como mucho, había pensado en una complicidad inconsciente. Pero reconozco que esta explicación debe ser abandonada... tanto más cuanto que no resuelve en absoluto el problema al que nos enfrentamos.

El comisario no llevó más lejos esta investigación, que el juez de instrucción retomó y completó en los días siguientes. Se interrogó a los criados, se verificó el estado del cerrojo, se hicieron experimentos sobre el cierre y la apertura de la ventana del gabinete, se exploró el patio de arriba abajo... Todo fue inútil. El cerrojo estaba intacto. La ventana no podía abrirse ni cerrarse desde el exterior.

Más específicamente, las pesquisas se centraron en Henriette, pues, a pesar de todo, siempre se volvía a ella. Se investigó su vida minuciosamente, y se constató que, desde hacía tres años, solo había salido cuatro veces del palacete, y las cuatro veces para recados que se pudieron determinar. En realidad, servía de doncella y de costurera a la señora de Dreux, quien se mostraba hacia ella con un rigor del que todos los criados testificaron en confidencia.

—Además —decía el juez de instrucción, que, al cabo de una semana, llegó a las mismas conclusiones que el comisario—, admitiendo que conociéramos al culpable, y no estamos en ese punto, no sabríamos más sobre la manera en que se cometió el robo. Estamos bloqueados a derecha e izquierda por dos obstáculos: una puerta y una ventana cerradas. ¡El misterio es doble! ¿Cómo se pudo entrar, y cómo, lo que era mucho más difícil, se pudo escapar dejando tras de sí una puerta cerrada con cerrojo y una ventana cerrada?

Al cabo de cuatro meses de investigaciones, la idea secreta del juez era esta: el señor y la señora de Dreux, apremiados por

necesidades de dinero que, de hecho, eran considerables, habían vendido el collar de la reina. Archivó el caso.

El robo de la preciosa joya asestó a los Dreux-Soubise un golpe del que conservaron la marca durante mucho tiempo. Al no estar su crédito respaldado por la especie de reserva que constituía semejante tesoro, se encontraron frente a acreedores más exigentes y prestamistas menos favorables. Tuvieron que hacer recortes drásticos, enajenar, hipotecar. En resumen, habría sido la ruina si dos grandes herencias de parientes lejanos no los hubieran salvado.

Sufrieron también en su orgullo, como si hubieran perdido un cuarto de nobleza. Y, cosa extraña, fue con su antigua amiga de internado con quien la condesa la tomó. Sentía contra ella un verdadero rencor y la acusaba abiertamente. Primero la relegaron al piso de los criados, luego la despidieron de la noche a la mañana.

Y la vida transcurrió, sin acontecimientos notables. Viajaron mucho.

Un solo hecho debe ser señalado en el curso de esta época. Unos meses después de la partida de Henriette, la condesa recibió de ella una carta que la llenó de asombro:

«Señora,

No sé cómo agradecerle. Porque ha sido usted, ¿verdad?, quien me ha enviado esto. Solo puede ser usted. Nadie más conoce mi retiro en el fondo de este pequeño pueblo. Si me equivoco, discúlpeme, y reciba al menos la expresión de mi gratitud por sus bondades pasadas...»

¿Qué quería decir? Las bondades presentes o pasadas de la condesa hacia ella se reducían a muchas injusticias. ¿Qué significaban esos agradecimientos?

Conminada a explicarse, respondió que había recibido por correo, en un sobre no certificado ni asegurado, dos billetes de mil francos. El sobre, que adjuntaba a su respuesta, estaba timbrado en París y

solo llevaba su dirección, trazada con una escritura visiblemente disfrazada.

¿De dónde provenían esos dos mil francos? ¿Quién los había enviado? La justicia investigó. Pero, ¿qué pista se podía seguir en medio de esas tinieblas?

Y el mismo hecho se repitió doce meses después. Y una tercera vez; y una cuarta vez; y cada año durante seis años, con la diferencia de que el quinto y el sexto año, la suma se duplicó, lo que permitió a Henriette, que había caído repentinamente enferma, cuidarse como convenía.

Otra diferencia: habiendo la administración de correos confiscado una de las cartas con el pretexto de que no estaba asegurada, las dos últimas cartas fueron enviadas según el reglamento, la primera fechada en Saint-Germain, la otra en Suresnes. El remitente firmó primero Anquety, luego Péchard. Las direcciones que dio eran falsas.

Al cabo de seis años, Henriette murió. El enigma permaneció intacto.

Todos estos acontecimientos son conocidos por el público. El caso fue de los que apasionaron a la opinión, y es un destino extraño el de este collar que, después de haber convulsionado a Francia a finales del siglo XVIII, suscitó todavía tanta emoción un siglo más tarde. Pero lo que voy a decir es ignorado por todos, salvo por los principales interesados y algunas personas a las que el conde pidió secreto absoluto. Como es probable que un día u otro falten a su promesa, yo no tengo ningún escrúpulo en rasgar el velo y se tendrá así, al mismo tiempo que la clave del enigma, la explicación de la carta publicada por los periódicos de anteayer por la mañana, carta extraordinaria que añadía aún, si es posible, un poco más de sombra y misterio a las oscuridades de este drama.

Hace cinco días de esto. Entre los invitados que almorzaban en casa del señor de Dreux-Soubise, se encontraban sus dos sobrinas y

su prima, y, como hombres, el presidente de Essaville, el diputado Bochas, el caballero Floriani, a quien el conde había conocido en Sicilia, y el general marqués de Rouzières, un viejo compañero de club.

Después de la comida, las damas sirvieron el café, y a los señores se les autorizó a fumar un cigarrillo, a condición de no desertar del salón. Se charló. Una de las jóvenes se entretuvo echando las cartas y leyendo la buenaventura. Luego se pasó a hablar de crímenes célebres. Y fue a este propósito que el señor de Rouzières, que nunca perdía la ocasión de chinchar al conde, recordó la aventura del collar, tema de conversación que el señor de Dreux aborrecía.

Inmediatamente, cada uno dio su opinión. Cada uno rehízo la instrucción a su manera. Y, por supuesto, todas las hipótesis se contradecían, todas igualmente inadmisibles.

—¿Y usted, señor? —preguntó la condesa al caballero Floriani—. ¿Cuál es su opinión?

—¡Oh! Yo no tengo opinión, señora.

Hubo protestas. Precisamente, el caballero acababa de relatar muy brillantemente diversas aventuras en las que se había visto envuelto con su padre, magistrado en Palermo, y en las que se habían afirmado su juicio y su gusto por estas cuestiones.

—Confieso —dijo— que me ha ocurrido tener éxito cuando otros más hábiles habían renunciado. Pero de ahí a considerarme un Sherlock Holmes... Y además, apenas sé de qué se trata.

Se volvieron hacia el dueño de la casa. A regañadientes, tuvo que resumir los hechos. El caballero escuchó, reflexionó, formuló algunas preguntas y murmuró:

—Es curioso... a primera vista no me parece que la cosa sea tan difícil de adivinar.

El conde se encogió de hombros. Pero las otras personas se apresuraron a rodear al caballero, y él reanudó con un tono un tanto dogmático:

—En general, para remontarse al autor de un crimen o de un robo, hay que determinar cómo ese crimen o ese robo han sido cometidos, o al menos cómo han podido ser cometidos. En el caso actual, nada más simple en mi opinión, pues nos encontramos ante, no varias hipótesis, sino una certeza, una certeza única, rigurosa, y que se enuncia así: el individuo solo podía entrar por la puerta de la habitación o por la ventana del gabinete. Ahora bien, no se abre, desde el exterior, una puerta cerrada con cerrojo. Por lo tanto, entró por la ventana.

—Estaba cerrada y se la encontró cerrada —declaró netamente el señor de Dreux.

—Para ello —continuó Floriani sin hacer caso de la interrupción—, no tuvo más que establecer un puente, tabla o escalera, entre el balcón de la cocina y el alféizar de la ventana, y en cuanto el estuche...

—¡Pero le repito que la ventana estaba cerrada! —exclamó el conde con impaciencia.

Esta vez, Floriani tuvo que responder. Lo hizo con la mayor tranquilidad, como un hombre a quien una objeción tan insignificante no perturba.

—Quiero creer que lo estaba, pero ¿no hay un tragaluz?

—¿Cómo lo sabe?

—Primero, es casi una regla en los palacetes de esa época. Y segundo, es forzoso que sea así, puesto que, de otro modo, el robo es inexplicable.

—En efecto, lo hay, pero estaba cerrado, como la ventana. Ni siquiera se le prestó atención.

—Es un error. Porque si se le hubiera prestado atención, se habría visto evidentemente que había sido abierto.

—¿Y cómo?

—Supongo que, al igual que todos los demás, ¿se abre mediante un cordón de alambre trenzado, provisto de una anilla en su extremo inferior?

—Sí.

—¿Y esa anilla colgaba entre el batiente y el bargueño?

—Sí, pero no entiendo...

—He aquí. Por una rendija practicada en el cristal, se pudo, con la ayuda de un instrumento cualquiera, digamos una varilla de hierro provista de un gancho, agarrar la anilla, tirar y abrir.

El conde se mofó:

—¡Perfecto! ¡Perfecto! ¡Usted arregla todo esto con una soltura! Solo que olvida una cosa, querido señor, y es que no hubo ninguna rendija practicada en el cristal.

—Hubo una rendija.

—¡Vamos! Se habría visto.

—Para ver hay que mirar, y no se miró. La rendija existe, es materialmente imposible que no exista, a lo largo del cristal, contra la masilla... en sentido vertical, por supuesto...

El conde se levantó. Parecía muy excitado. Recorrió dos o tres veces el salón con paso nervioso y, acercándose a Floriani:

—Nada ha cambiado allá arriba desde ese día... nadie ha puesto los pies en ese gabinete.

—En ese caso, señor, es usted libre de asegurarse de que mi explicación concuerda con la realidad.

—No concuerda con ninguno de los hechos que la justicia constató. Usted no ha visto nada, no sabe nada, y va en contra de todo lo que hemos visto y de todo lo que sabemos.

Floriani no pareció notar la irritación del conde, y dijo sonriendo:

—Dios mío, señor, trato de ver claro, eso es todo. Si me equivoco, demuéstreme mi error.

—Sin más tardar... Confieso que, a la larga, su seguridad...

El señor de Dreux masculló algunas palabras más, luego, de repente, se dirigió hacia la puerta y salió.

No se pronunció ni una palabra. Se esperaba ansiosamente, como si, realmente, una parcela de la verdad fuera a aparecer. Y el silencio tenía una gravedad extrema.

Finalmente, el conde apareció en el vano de la puerta. Estaba pálido y singularmente agitado. Dijo a sus amigos con voz temblorosa:

—Les pido perdón... las revelaciones del señor son tan imprevistas... nunca lo habría pensado...

Su esposa lo interrogó ávidamente:

—Habla... te lo suplico... ¿qué ocurre?

Él balbuceó:

—La rendija existe... en el lugar mismo indicado... a lo largo del cristal...

Agarró bruscamente el brazo del caballero y le dijo con tono imperioso:

—Y ahora, señor, prosiga... reconozco que tiene usted razón hasta ahora, pero ahora... Esto no ha terminado... responda... ¿qué ocurrió según usted?

Floriani se zafó suavemente y, tras un instante, sentenció:

—Pues bien, según yo, esto es lo que ocurrió. El individuo, sabiendo que la señora de Dreux iba al baile con el collar, tendió su pasarela durante la ausencia de ustedes. A través de la ventana los vigiló y lo vio a usted esconder la joya. En cuanto usted se marchó, cortó el cristal y tiró de la anilla.

—De acuerdo, pero la distancia es demasiado grande para que haya podido, por el tragaluz, alcanzar el pestillo de la ventana.

—Si no pudo abrirla, es que entró por el propio tragaluz.

—Imposible; no hay hombre lo bastante delgado para introducirse por ahí.

—Entonces no es un hombre.

—¡Cómo!

—Ciertamente. Si el paso es demasiado estrecho para un hombre, es forzoso que sea un niño.

—¡Un niño!

—¿No me ha dicho usted que su amiga Henriette tenía un hijo?

—En efecto... un hijo que se llamaba Raoul.

—Es infinitamente probable que sea este Raoul quien cometió el robo.

—¿Qué prueba tiene de ello?

—¡Qué prueba!... No faltan pruebas... Así, por ejemplo...

Se calló y reflexionó unos segundos. Luego reanudó:

—Así, por ejemplo, esa pasarela, no es de creer que el niño la haya traído de fuera y se la haya llevado sin que nadie se diera cuenta. Debió de emplear lo que estaba a su disposición. En el cuartucho donde Henriette cocinaba, había, ¿no es así, estantes colgados en la pared donde se ponían las cacerolas?

—Dos estantes, si mal no recuerdo.

—Habría que asegurarse de si esas tablas están realmente fijadas a los listones de madera que las soportan. En caso contrario, estaríamos autorizados a pensar que el niño las desclavó y luego las ató una a la otra. Quizá también, puesto que había un fogón, se encontraría el gancho del fogón del que debió de servirse para abrir el tragaluz.

Sin decir palabra, el conde salió, y esta vez los presentes ni siquiera sintieron la pequeña ansiedad de lo desconocido que habían experimentado la primera vez. Sabían, sabían de forma absoluta, que las previsiones de Floriani eran justas. Emanaba de ese hombre una impresión de certeza tan rigurosa que se le escuchaba no como si dedujera los hechos unos de otros, sino como si relatara acontecimientos cuya autenticidad era fácil de verificar sobre la marcha.

Y nadie se extrañó cuando, a su regreso, el conde declaró:

—Ha sido el niño, ha sido él, todo lo atestigua.

—¿Ha visto usted las tablas... el gancho?

—He visto... las tablas han sido desclavadas... el gancho todavía está allí.

Pero la señora de Dreux-Soubise exclamó:

—¡Es él!... Quiere usted decir más bien que es su madre. Henriette es la única culpable. Habrá obligado a su hijo...

—No —afirmó el caballero—, la madre no tiene nada que ver.

—¡Vamos! Vivían en la misma habitación, el niño no habría podido actuar a espaldas de Henriette.

—Vivían en la misma habitación, pero todo ocurrió en la pieza contigua, por la noche, mientras la madre dormía.

—¿Y el collar? —dijo el conde—. Se lo habrían encontrado en las cosas del niño.

—¡Perdón! Él salía. La misma mañana en que lo sorprendió usted ante su mesa de trabajo, venía de la escuela, y quizá la justicia, en lugar de agotar sus recursos contra la madre inocente, habría estado mejor inspirada registrando allí, en el pupitre del niño, entre sus libros de clase.

—De acuerdo, pero esos dos mil francos que Henriette recibía cada año, ¿no es el mejor signo de su complicidad?

—Cómplice, ¿les habría agradecido ese dinero? Y además, ¿no la vigilaban? Mientras que el niño es libre, él tiene toda la facilidad para correr hasta la ciudad vecina, para entrevistarse con un revendedor cualquiera y cederle a vil precio un diamante, dos diamantes, según el caso... con la única condición de que el envío de dinero se efectúe desde París, a cambio de lo cual se recommenzará al año siguiente.

Un malestar indefinible oprimía a los Dreux-Soubise y a sus invitados. Realmente había en el tono, en la actitud de Floriani, algo más que esa certeza que, desde el principio, había irritado tanto al conde. Había como una ironía, y una ironía que parecía más hostil que simpática y amistosa, como habría sido conveniente.

El conde fingió reír.

—Todo esto es de una ingenuidad que me deleita, mis felicitaciones. ¡Qué imaginación tan brillante!

—No, no —exclamó Floriani con más gravedad—, no imagino, evoco circunstancias que fueron inevitablemente tales como las muestro.

—¿Qué sabe usted?

—Lo que usted mismo me ha dicho. Me imagino la vida de la madre y del niño, allá, en el fondo de la provincia, la madre que cae enferma, las artimañas y los inventos del pequeño para vender las pedrerías y salvar a su madre o al menos endulzar sus últimos momentos. El mal se la lleva. Muere. Pasan los años. El niño crece, se convierte en un hombre. Y entonces —y por esta vez, quiero admitir que mi imaginación se da rienda suelta— supongamos que este hombre siente la necesidad de volver a los lugares donde vivió su infancia, que los vuelve a ver, que reencuentra a aquellos que sospecharon, que acusaron a su madre... ¿se imagina el interés conmovedor de tal encuentro en la vieja casa donde se desarrollaron las peripecias del drama?

Sus palabras resonaron unos segundos en el silencio inquieto, y en el rostro del señor y la señora de Dreux se leía un esfuerzo

desesperado por comprender, al mismo tiempo que el miedo, que la angustia de comprender. El conde murmuró:

—¿Quién es usted, pues, señor?

—¿Yo? Pues el caballero Floriani, a quien conoció usted en Palermo, y a quien ha sido tan amable de invitar a su casa ya varias veces.

—Entonces, ¿qué significa esta historia?

—¡Oh, nada en absoluto! Es un simple juego por mi parte. Intento figurarme la alegría que el hijo de Henriette, si aún existe, tendría en decirles que fue el único culpable, y que lo fue porque su madre era desdichada, a punto de perder el puesto de... criada del que vivía, y porque el niño sufría de ver a su madre desdichada.

Se expresaba con una emoción contenida, medio levantado e inclinado hacia la condesa. No podía subsistir ninguna duda. El caballero Floriani no era otro que el hijo de Henriette. Todo, en su actitud, en sus palabras, lo proclamaba. Además, ¿no era esa su intención evidente, su voluntad misma de ser reconocido como tal?

El conde dudó. ¿Qué conducta iba a adoptar con el audaz personaje? ¿Llamar? ¿Provocar un escándalo? ¿Desenmascarar a quien lo había despojado antaño? ¡Pero había pasado tanto tiempo! ¿Y quién iba a admitir esa historia absurda de un niño culpable? No, era mejor aceptar la situación, fingiendo no captar su verdadero sentido. Y el conde, acercándose a Floriani, exclamó con jovialidad:

—Muy divertido, muy curioso, su relato. Le juro que me apasiona. Pero, según usted, ¿qué ha sido de ese buen joven, ese modelo de hijos? Espero que no se haya detenido en tan buen camino.

—¡Oh, ciertamente no!

—¡Verdad que no! ¡Después de semejante comienzo! ¡Llevarse el collar de la reina a los seis años, el célebre collar que codiciaba María Antonieta!

—Y llevárselo —observó Floriani, siguiéndole el juego al conde—, llevárselo sin que le cueste el menor disgusto, sin que a nadie se le ocurra examinar el estado de los cristales o se dé cuenta de que el alféizar de la ventana está demasiado limpio, ese alféizar que había limpiado para borrar las huellas de su paso sobre el espeso polvo... Confiese que era para que se le subiera a la cabeza a un chiquillo de su edad. ¿Es tan fácil, entonces? ¿No hay más que querer y tender la mano?... A fe mía, quiso...

—Y tendió la mano.

—Las dos manos —repuso el caballero riendo.

Hubo un escalofrío. ¿Qué misterio ocultaba la vida de este supuesto Floriani? ¡Cuán extraordinaria debía de ser la existencia de este aventurero, ladrón genial a los seis años, y que, hoy, por un refinamiento de diletante en busca de emociones, o a lo sumo para satisfacer un sentimiento de rencor, venía a desafiar a su víctima en su propia casa, audazmente, locamente, y sin embargo con toda la corrección de un hombre galante de visita!

Se levantó y se acercó a la condesa para despedirse. Ella reprimió un movimiento de retroceso. Él sonrió.

—¡Oh, señora, tiene usted miedo! ¿Habré llevado demasiado lejos mi pequeña comedia de brujo de salón?

Ella se dominó y respondió con la misma desenvoltura un tanto burlona:

—En absoluto, señor. La leyenda de ese buen hijo me ha, por el contrario, interesado mucho, y estoy feliz de que mi collar haya sido la ocasión de un destino tan brillante. Pero, ¿no cree usted que el hijo de esa... mujer, de esa Henriette, obedecía sobre todo a su vocación?

Él se estremeció, sintiendo la pulla, y replicó:

—Estoy persuadido de ello, e incluso era necesario que esa vocación fuera seria para que el niño no se desanimara.

—¿Y cómo es eso?

—Pues sí, ya lo sabe usted, la mayoría de las piedras eran falsas. Solo eran verdaderos los pocos diamantes recomprados al joyero inglés; los otros habían sido vendidos uno a uno según las duras necesidades de la vida.

—Seguía siendo el collar de la reina, señor —dijo la condesa con altivez—, y eso, me parece, es lo que el hijo de Henriette no podía comprender.

—Debió de comprender, señora, que, falso o verdadero, el collar era ante todo un objeto de ostentación, una insignia.

El señor de Dreux hizo un gesto. Su esposa se le adelantó inmediatamente.

—Señor —dijo ella—, si el hombre al que usted alude tiene el menor pudor...

Se interrumpió, intimidada por la mirada tranquila de Floriani.

Él repitió:

—Si ese hombre tiene el menor pudor...

Ella sintió que no ganaría nada hablándole de esa manera y, a su pesar, a pesar de su cólera y su indignación, toda temblorosa de orgullo humillado, le dijo casi cortésmente:

—Señor, la leyenda cuenta que Rétaux de Villette, cuando tuvo el collar de la reina entre sus manos y le hubo arrancado todos los diamantes con Jeanne de Valois, no se atrevió a tocar la montura. Comprendió que los diamantes no eran más que el adorno, el accesorio, pero que la montura era la obra esencial, la creación misma del artista, y la respetó. ¿Piensa usted que ese hombre lo ha comprendido igualmente?

—No dudo de que la montura exista. El niño la respetó.

—Pues bien, señor, si le ocurre encontrarse con él, le dirá que guarda injustamente una de esas reliquias que son la propiedad y la gloria de ciertas familias, y que pudo arrancarle las piedras sin que el

collar de la reina dejara de pertenecer a la casa de Dreux-Soubise. Nos pertenece como nuestro nombre, como nuestro honor.

El caballero respondió simplemente:

—Se lo diré, señora.

Se inclinó ante ella, saludó al conde, saludó uno tras otro a todos los presentes y salió.

Cuatro días después, la señora de Dreux encontró sobre la mesa de su habitación un estuche de cuero rojo con las armas del Cardenal. Abrió. Era el collar de esclava de la Reina.

Pero como todas las cosas deben, en la vida de un hombre preocupado por la unidad y la lógica, concurrir al mismo fin —y que un poco de publicidad nunca viene mal—, al día siguiente el *Écho de France* publicaba estas sensacionales líneas:

«El collar de la reina, la célebre joya histórica robada antaño a la familia de Dreux-Soubise, ha sido encontrado por Arsène Lupin. Arsène Lupin se ha apresurado a devolverlo a sus legítimos propietarios. No se puede sino aplaudir esta delicada y caballeresca atención.»

¡Gracias por leer este libro de WWW.ELEJANDRIA.COM!

Descubre nuestra colección de libros gratis de dominio público en castellano en nuestra web